

sea de paso no se obtenia gratis, pues los mandarines no conceden permisos sino á quien los paga largamente), y prohibimos absolutamente que se construya templo alguno de nueva planta. Este era el modo con que aquel rey agradecia las visibles señales de proteccion que habia recibido del cielo, y los servicios que le habian hecho los cristianos, aventurándose por él á mil peligros.

No era raro ver neutralizada la benevolencia personal de los reyes y aun cambiada alguna vez en odio por la malquerencia ó pérfidos consejos de los cortesanos.

Así es que el rey de Siam habia tenido intencion de elevar en dignidad á un mandarin que acababa de convertirse y cuya familia era cristiana; pero los hermanos del rey le acusaron de felonía solo porque frecuentaba la iglesia de los misioneros. Esto enojó al rey en disposicion, que mandó que la esposa é hijos de este mandarin fuesen atraidos por fuerza al culto siamés, y que le garantizasen en lo sucesivo la fidelidad de aquel. Hicieron presentar á la esposa ante los jueces, y en su interrogatorio manifestó la mayor firmeza. Hicieronle ver todos los males á que se aventuraba, si persistia en aquel modo de pensar; y no habiendo querido retractarse, la cargaron de cadenas. Esta señora tenia dos hijos y dos hijas, que en pos de ella tuvieron tambien que presentarse ante el tribunal para ser interrogados, dando tales muestras de firmeza, que el juez bramaba de rabia. Cortáronles el cabello segun costumbre del pais, y habiendo cargado de prisiones al mayor de los hermanos, se pusieron luego á azotarle; pero de pronto le desataron y condujeron al pié de un ídolo. Entonces su madre le gritó con cuanto abinco pudo, que levantase los ojos al cielo y contemplara la recompensa que le esperaba. El jóven demostró todo el horror que la infernal divinidad le inspiraba, por lo cual le volvieron á conducir á la prision. Al hermano

menor, que se habia educado en el colegio de los misioneros, le interrogaron separadamente y le dijeron: «Toda tu familia ha vuelto á abrazar la religion siamesa, ¿no harás tú lo mismo?» — «¿Qué me importa á mí ahora de lo que mi familia haya hecho? no trato de saber sino que por lo que á mí toca permaneceré cristiano.» — En vano le amenazaron con los tormentos, pues manifestó estar pronto á sufrirlos y hasta con su firmeza parecia pro-vocarlos como su familia. Púsosele tambien en prision y le presentaron los instrumentos de los diferentes suplicios con que se le habia amenazado. Con el terror de este espectáculo, con nuevas amenazas y promesas trataron de hacer vacilar su constancia; pero él permaneció inflexible. Las hermanas fueron amarradas y espuestas á los rayos de un sol abrasador, cuya violencia era tal que el oficial encargado de interrogar á las jóvenes, apenas se atrevia á salir de la sombra. El hermano mayor tuvo que sufrir pruebas aun mas terribles: encerráronle la cabeza en una especie de máquina que, comprimiendo violentamente las sienas, hace por lo regular salir á los ojos fuera de sus órbitas. Pero esta vez la máquina no tuvo fuerza para producir tan lamentable efecto. Indignado el juez reprendió por su debilidad al verdugo, y al redoblar este sus esfuerzos, la máquina se rompió entre sus manos. Tres veces seguidas introdujeron cuñas de madera entre las uñas del jóven atleta, que á fuerza de los dolores perdió el sentido. Desatáronle, y así que recobró el conocimiento, «ea, verdugo, dijo, ya estoy mejor: vuélveme mis cadenas.» No comprendiendo este el sentido de semejantes palabras, principió á escusarse sobre la miserable suerte que le obligaba á ser verdugo de sus semejantes. — «No me has entendido, replicó el héroe: temi que tu compasion te fuese funesta.» El verdugo no pudo menos de admirar una Religion que tanto valor y caridad inspira á quien sigue sus preceptos.

Tal era el heroísmo de estos cristianos: ¡felices, si un rasgo de debilidad no hubiera momentáneamente oscurecido su gloria! La madre y las hijas habian recibido solamente cada una de ellas tres golpes de varas y sufrido los constantes; principiaron á cuidarles las heridas, y los mismos ejecutores se manifestaban solícitos y las halagaban con consoladoras palabras: «No os pedimos mas que una palabra, les decian: confesad que sois siamesas, y en el acto os dejaremos volver á vuestras casas...» ¡Ah! Aquellas desgraciadas sucumbieron, y solo el niño que habia tenido la valentía de decir: «Nada tengo que ver con lo que hagan mis parientes: yo seré siempre cristiano,» fué el único que permaneció fiel á la Religion. Sin embargo, el Señor no permitió que esta caída fuese una ruina. Así que se supo este fatal acontecimiento, dos jóvenes cristianas tomando, segun la espresion del Espíritu Santo, *su alma entre sus manos*, se consagraron á la salvacion de las culpadas. A pesar de lo rigurosamente que se habia prohibido á los cristianos acercarse á los presos, se embarcaron en un barquichuelo y pasaron al sitio de la caída para levantar á las que la habian dado. Dios bendijo su celo: las caídas reconocieron su falta y prometieron retractar cuanto antes la palabra apóstata que habian pronunciado. Y en efecto; aquel mismo dia fueron llevadas al pié de un ídolo, mandándoles doblar la cabeza ante aquella falsa divinidad: quisieron obligarlas á hacerlo por medio de la violencia; pero ellas se mantuvieron firmes contra los esfuerzos de los impíos, gritando sin cesar que no eran *Siamesas*. Hallábase la madre gravemente enferma y parecia que su última hora estaba ya cercana: trasportáronla fuera de los muros, y consintieron que fuese asistida por su hijo mayor. El mas jóven fué arrebatado por sus padres y enviado lejos para librarlo de las añagazas de los gentiles que ardian en deseos de corromper

su fé. Entretanto la tempestad fué calmando, y despues de algunos meses de ausencia, la madre y el hijo mayor volvieron al barrio de los cristianos y el menor entró en el colegio; pero las dos hermanas tuvieron que permanecer en el palacio del rey, hasta que convenci-do este de no poder por ningun medio triunfar de su constancia, las mandó soltar. El primer uso que hicieron de su libertad fué irse corriendo al templo, y el 22 de mayo de 1797, aniversario de su prision, se encerraron en el convento de religiosas á expiar sus pecados con lágrimas y austeridades de la mas penitente y laboriosa vida.

Tal era la suerte de la Iglesia de Asia.

En esta parte del mundo, así como en América, y por do quiera que la Francia tenia posesiones, veíanse abandonadas las colonias, entregadas á las revueltas y discordias. Trataron los constitucionales de introducirse en ellas, y el lector recordará que en el titulado concilio de 1797 habian elegido tres obispos para Santo Domingo y uno para Cayena. Uno de estos era Guillermo Mauviel, cura de la diócesis de Coutances, vicario de Noisy-le-Sec, individuo del concilio, y colaborador de los *Anales*. Posteriormente fué secretario de los *reunidos*, y se encargó de la correspondencia. Su celo por esta causa le mereció ser electo obispo de Cayes, y fué consagrado en 3 de agosto de 1800. Desbois, Gregoire y Wandelin-court, que le habian dado el 27 de julio la institucion canónica, no sabemos en virtud de qué facultades, le autorizaron para hacerse consagrar como obispo de la antigua parte francesa de Santo Domingo, para establecer su sede donde mas le acomodara, y para estender su jurisdiccion sobre la parte anteriormente española, sobre todas las Antillas y hasta sobre el continente del Nuevo-Mundo, difundiendo las obras de los constitucionales. Provisto Mauviel con estos plenos poderes, partió á fines del año para Santo Domingo con algunos eclesiásticos de

su partido, y desembarcó en la parte española (1). Toussaint-Louverture mandaba aun en Santo Domingo, y al parecer no dispensó el mejor recibimiento al obispo constitucional. Los clérigos del país se dividieron: unos, sea porque no conociesen á fondo el estado de las cosas, sea porque sus principios no fuesen los mas sólidos, le recibieron bien; pero los que residian en el Cabo no quisieron reconocerle, y dirigieron á Toussaint-Louverture en 11 de abril de 1801 una profesion de fé, en que sostenian los derechos de la Santa Sede y manifestaban su aversion al cisma. Mauviel trató de responder por medio de observaciones bastante difusas, y el clero de Santiago, parte española, firmó una declaracion en su favor. Esto no obstante, Toussaint-Louverture no quiso recibir á Mauviel, que por lo tanto quedó confinado en la parte española y no salió de ella hasta que llegó en 1802 la expedicion del general Leclerc. Como el objeto de esta expedicion era volverse á apoderar de Santo Domingo, lisonjearon por de pronto á Toussaint; pero luego le prendieron y condujeron á Francia. Mauviel pasó á Puerto-Principe, y se presentó al general Leclerc: allí tuvo noticia de la dimision de los obispos constitucionales de Francia, y en vista de esto presentó tambien la suya. Pero Leclerc le encargó que gobernase la iglesia de Santo Domingo, capital de la antigua parte española. De manera que, autorizado en su mision por un jefe militar, Mauviel publicó el 20 de mayo de 1802 en Santo Domingo una pastoral en cuyo preámbulo dice con la mayor formalidad «que se hallaba encargado por el general en jefe para velar sobre todo lo concerniente al culto y á la justicia católica en la parte española.» Compuso reglamentos acerca de los matrimonios, y al mismo tiempo desempeñaba

(1) Compend. hist. de la Igles. const., p. cxxvi.

las funciones de párroco en Santo Domingo. Llegó al extremo de nombrar al abate Cibot vicario apostólico para la parte del Norte, y á Lecun para la del Oeste y Sur. Pero las turbulencias de la colonia, la insurreccion de los negros, la muerte del general Leclerc acaecida el 2 de noviembre de 1802, la difícil situacion en que su sucesor, el general Rochambeau, se encontró, los estragos de la fiebre amarilla en el ejército francés, y finalmente la capitulacion celebrada con los negros el 30 de noviembre de 1803, hicieron sumamente precaria la situacion de Mauviel. Sin embargo, parece que permaneció en la isla hasta el 1806, en que se presentó delante de Santo Domingo una escuadra inglesa, y obligó á la ciudad á capitular. Así fracasó la tentativa de los constitucionales para establecerse en Santo Domingo.

El Continente de América, que no debia tardar en resentirse de las agitaciones de Europa, estaba aun pacífico á fines del siglo XVIII.

Aunque el gobierno inglés mostraba interés en introducir la reforma anglicana en el Canadá, y al efecto habia puesto un obispo de esta comunión en Quebec y ministros en otras partes; á pesar de haberse introducido tambien ministros de la Iglesia de Escocia en aquel Estado; á despecho de estas mudanzas, consecuencias de la conquista y que produjeron muchas defecciones, seguia la mayoría de los habitantes profesando la Religión católica. Un obispo ortodoxo residia constantemente en Quebec, y su clero estaba repartido en las parroquias como en tiempo de la dominacion francesa.

A pesar de la estremada escasez de obreros apostólicos, la verdadera Religión habia hecho progresos en los Estados-Unidos. El número de católicos crecia particularmente en Baltimore, gracias al celo del prelado y de sus colaboradores. Esta ciudad estaba dividida en veinte sectas distintas: presbiterianos, anglica-

nos, cuáqueros, fanabaptistas, luteranos, calvinistas, metodistas, memnonitas, discípulos de Swedemborg, nicolaitas, etc.; pero los católicos componian por sí solos un número mayor de individuos que cada una de dichas sectas (1). Construyóse una nueva catedral mas grande y mas cómoda que la anterior, y antes de mucho tiempo se contaron en la ciudad hasta seis iglesias. Tambien habia católicos dispersos en el Estado de Maryland, repartidos en varias congregaciones servidas por diez y seis sacerdotes, la mayor parte franceses. En el número de estos se ocultaba, bajo el modesto nombre de Smith, el hijo del príncipe Gallitzin, ministro de Catalina II, emperatriz de Rusia. Hallándose este jóven en América con su madre, abrazó el catolicismo y recibió las sagradas órdenes; era cura de una congregacion que habia formado y que en lo espiritual sostenia con su celo y en lo temporal con su fortuna. Si de Maryland pasamos á Filadelfia, vemos que aqui no eran menos numerosos los católicos que en Baltimore, y poseian cuatro iglesias. Habiendo Carrol pasado á este país para desvanecer el cisma suscitado por un sacerdote alemán, fué bien recibido del congreso y del senado, que lo apoyaron con su autoridad. La Pensilvania tenia otras congregaciones, de las cuales la mas importante era la de Conwago, fundada por los jesuitas y poblada de alemanes generalmente muy adictos á la Religión. La Pensilvania era el Estado que contaba mas católicos despues de Maryland. En 1807 estaban dirigidos por doce sacerdotes. En New-York los católicos no formaban congregacion mas que en New-York y en Albany. Los del primer punto llegaban á ser unos catorce mil, la mayor parte franceses emigrados de Santo Domingo y otras islas. Boston, capital del Estado de Massachusett,

ofrecia particularmente un notable ejemplo de los progresos del catolicismo, tanto mas admirables cuanto mas dominaba en aquella ciudad un ardiente presbiterianismo y cuanto mas numerosas eran las sectas. Este progreso se debió particularmente á los esfuerzos de Thayer, de quien ya hemos hablado. Cuando volvió á Boston, convertido ya al catolicismo y ordenado de sacerdote, apenas habia en esta ciudad mas que unos pocos católicos; pero su ejemplo, su celo, un desafío que dirigió á los ministros protestantes, y las conferencias que tuvo con algunos individuos de esta religion, contribuyeron á disminuir las prevenciones. En 1798, los católicos eran ya algo mas numerosos, cuando el obispo de Baltimore, habiendo enviado á Thayer al Kentucky, le dió por sucesor en Boston al abate Maignon, francés, doctor de la Sorbona, eclesiástico de talento, lleno de celo, de piedad y de prudencia, y dotado de todas las cualidades á propósito para enseñorearse de los corazones. Su solicitud acabó la obra principiada por Thayer. Su congregacion creció rápidamente y no tardó en parecer de poca estension el templo que habian edificado. Los católicos de Boston llegaron á ser tres ó cuatro mil, y con su fervor correspondian al celo de su respetable apóstol. En Virginia habia muchas congregaciones servidas por tres eclesiásticos. Charlestown, en la Carolina del Sur, contaba muchos católicos que no tenian mas que un sacerdote. En los demas Estados inmediatos al mar habia tambien católicos, pero en mucho menor número y carecian de sacerdotes que les dirigieran. No teniendo el obispo de Baltimore mas que como unos setenta eclesiásticos diseminados en una inmensa diócesis, no podia satisfacer á todas las peticiones que de ellos se le hacian, y se veia obligado á dejar sin cultivo tierras, que para dar pingües frutos no necesitaban mas que operarios. Kentucky era un ejemplo de lo que puede la actividad de

(1) *Mer. para la Hist. Eccles.* del siglo XVIII, t. 3, p. 193-197.

un sacerdote amante de su ministerio. Este Estado en el que habrá como medio siglo no habia mas que algunos indios, y que posteriormente contaba doscientas cincuenta mil almas, habia tambien adelantado mucho por lo tocante á la Religion. Habiendo muerto el sacerdote que primeramente habia sido enviado á este pais, y regresado Thayer á New-York, encargó el obispo de Baltimore esta mision al abate Badin, jóven sacerdote francés que habia llegado á América en 1792. Este, único encargado de tan vasto territorio, no cesó de recorrerlo por espacio de muchos años teniendo que sufrir muchas fatigas y trabajos, pero tambien alcanzó grandes frutos, pues estableció muchas congregaciones y edificó templos. Fijó su principal residencia en Beardstown, en donde habia una numerosa congregacion, y erigió una iglesia. Luego se le agregó un digno cooperador en la persona del abate Neriox, sacerdote flamenco, que acababa de llegar de Europa, y cuyo celo no era menos vivo. Poco despues pasaron á Kentuckey tres religiosos de la órden de Santo Domingo, que establecieron un colegio, y tambien se fijaron en este pais algunos religiosos trapenses, conducidos por el P. Urbano Guillet. Todos estos diversos auxilios contribuyeron á multiplicar el número de los católicos, que en 1807 contaban cerca de mil familias distribuidas en veinte congregaciones. En el territorio de Michigan, que forma parte de los Estados-Unidos, habia muchos establecimientos que antes dependian del Canadá y donde existian florecientes misiones. Estos lugares pasaron á la jurisdiccion del obispo de Baltimore, que envió por algun tiempo un sacerdote al Estrecho. Las misiones de las orillas del Mississipi estaban tambien casi del todo abandonadas por falta de sacerdotes: aun se veian en aquellas comarcas iglesias que atestiguan el celo de los jesuitas; pero ya estaban abandonadas. La poblacion de Luisiana era católica casi toda; pero no tenia mas que cinco ó

seis sacerdotes. En otro tiempo habian existido florecientes misiones en las orillas de los grandes lagos del Canadá; pero ahora se encontraban enteramente abandonadas. La fé, viajera sobre la tierra, derrama su luz tan pronto sobre una comarca como sobre otra. El desarrollo que habia tomado la Religion en los Estados Unidos era un feliz presagio para los paises inmediatos, y estando protegida por el establecimiento de una sede episcopal fija, debia propender á dilatarse hasta en los puntos mas remotos del gran continente de la América septentrional.

En semejantes progresos de la fé al otro lado de los mares no debian los amantes de la Religion consolarse de los reveses que sufrían en Europa y en las regiones mas inmediatas á la Santa Sede?

La Italia, invadida por el contagio de los sistemas filosóficos, merced á la oposicion de algunos gobiernos á la Santa Sede; la Italia, donde la incredulidad hallaba, hacia treinta años, numerosos prosélitos que preludiaban las revoluciones de su pais con obras contra la Religion y contra la Iglesia; la Italia, donde la manía de las innovaciones trastornaba las cabezas, en donde unos, declarándose adeptos de la filosofia moderna, abrazaban sus vanas especulaciones, y otros, descendiendo de la teoría á la práctica, acometian reformas imprudentes; la Italia, digo, se hallaba profundamente conmovida por el empuje de las pasiones, que parecian haberse sublevado todas á la vez. Si la capital del mundo cristiano habia sido ocupada, si un fantasma de república acababa de establecerse sobre las ruinas del gobierno pontifical, si otros Estados inmediatos á Roma habian tambien sufrido ruidosas mudanzas, á nadie debia achacarse mas que á la estúpida tolerancia de los que habian dejado introducir tantos libros malos en Italia y al odio no menos estúpido de aquellos mismos hombres que por las con-

tradiciones que suscitaron contra el Romano Pontífice le designaron como blanco de los atentados de los perversos. Los libros de los filósofos franceses inundaban el reino de Nápoles bajo el ministerio Tanucci. En Milan parecia que en aquella misma época no se estableció una nueva censura mas que para facilitar la introduccion de esta clase de obras, y el doctor Soria propagaba la irreligion en la universidad de Pisa, y por allí pasaba á Toscana, otra sucursal del Austria. Roma, pues, venia á encontrarse situada entre dos fuegos. Nápoles, Milan, Venecia, Turin y Génova, acababan de aprender, á costa de su reposo y felicidad, hasta qué punto los principios subversivos de la revolucion de Francia hallaban simpatías y entusiasmo en todas las clases: de estos principios habian surgido, si así puede decirse, oleadas de patriotas. Muchos de esos amigos de una pretendida libertad no eran otros que los hombres que, proclamando con afectacion los derechos de los soberanos, hacian cruel guerra á la Santa Sede: habian sostenido á los príncipes contra los Papas, mientras les llegaba la ocasion de sostener al pueblo contra los príncipes. Así los profesores de la universidad de Pavia, Zola y Tamburini, merecian entrar en el colegio de los *Dotti* de la república italiana, y su colega Palmieri escribia en favor de la revolucion. Así es tambien como la insurreccion de Génova de 16 de junio de 1797 encontró apoyo en los hombres que mas vivamente se habian pronunciado contra el Papa. Solari, obispo de Noli, aquel jansenista, enemigo de la bula *Auctorem fidei*, habia llegado á ser individuo de un comité de legislacion, y publicaba pastorales patrióticas. Eustaquio Degola, á quien luego veremos afiliado entre los cismáticos de Francia, entraba en una sociedad de misioneros, cuyo objeto era propagar por las aldeas los principios de la democracia, y escribia los *Anales politico-elesiás-*

*ticos*, en los que este sacerdote demagogo declamaba contra abusos, que tenia buen cuidado de exagerar para cohonestar sus ataques. Semejante situacion pedia un pronto remedio. Gracias al cielo, el rey de Nápoles, desengañado por las ruidosas desgracias que habia sufrido, se proponia seguir una marcha opuesta á la que habia atraído sobre su trono la tempestad; feliz hubiera sido si no hubiera acompañado su nueva determinacion con rigores que afligieron á la Religion y á la humanidad. Adoptando por su parte un rumbo contrario al que Leopoldo habia seguido, los sucesores de este príncipe borraron en Florencia hasta las últimas huellas de las reformas de Ricci. El archiduque Fernando, hijo suyo, publicó el 13 de octubre de 1792 un reglamento devolviendo en parte á los obispos el ejercicio de los derechos y privilegios de que se les habia despojado; prohibió la publicacion de algunos escritos capaces de renovar las turbulencias pasadas; despues el infante don Luis, hijo del duque de Parma, y que tomó el título de rey de Etruria, promulgó el 15 de abril de 1802 otro decreto, manifestando que todos sus vasallos podrian recurrir á la Santa Sede en materias eclesiásticas; que todos los religiosos volverian á ponerse bajo la obediencia de sus respectivos generales extranjeros; que los obispos serian libres é independientes en su ministerio y que tendrian el derecho de revisar los libros que se dieran á la prensa. Por último, el Señor iba á poner en la Sede del Príncipe de los Apóstoles un Pontífice cuya sabiduría trabajaria en hacer olvidar las criminales extravagancias del régimen republicano, cuya moderacion borraría el resultado de las violencias cometidas, y cuya piedad devolvería á la Religion su tutelar influjo. Pero la Religion y la Iglesia, consoladas por un momento, debian experimentar nuevas tempestades.

Los novadores consideraban á España y

Portugal como países que marchaban muy atrás del siglo, y en efecto el amor que estos dos pueblos tenían la dicha de profesar á la Religión no era á los ojos de muchos mas que una rancia preocupacion. Carlos IV habia manifestado tan vivo interés por la suerte de Pio VI, y las relaciones de España con la Santa Sede eran tan íntimas, que no pudo menos de causar sorpresa ver que S. M. católica espidiese despues de la muerte del Pontífice una Real cédula en 5 de setiembre de 1799, previniendo á los obispos «que para las dispensas de matrimonio y otras usaran de las facultades que ellos tenían segun la antigua disciplina,» y en la que «se reservaba, para la consagracion de los obispos y otros casos mas graves, tomar el parecer de los que él creyera deber consultar.» Acaso el temor que muchos tenían en aquella época de que no pudiera darse sucesor á Pio VI tan pronto como era de desear, habia dictado aquella providencia de la cual, no falta quien asegure que Carlos IV no tuvo noticia. En lo que no cabe duda, es en que fué sugerida por el ministro Urquijo, que la redactó con el mayor secreto. De todos modos la Real cédula fué generalmente criticada, no se le dió toda la publicidad que á tales documentos acostumbra darse, y quedó sin ejecucion. Tavira, obispo de Salamanca, es acaso el único que sancionó con su conducta aquel atentado contra los derechos de la Sede apostólica, y se anunció como dispuesto á usar de los poderes inherentes, segun él decia, á su carácter. Empero tan luego como Pio VI tuvo sucesor, Carlos IV, despues de dar gracias solemnes al cielo y de haber celebrado la feliz noticia con regocijos extraordinarios en todos sus dominios, restableció las cosas al ser que tenían antes. Aun hizo mas; pues viendo con dolor que no faltaban algunos que insinuaban opiniones, cuya tendencia se dirigia á separar á los fieles del centro de unidad (es-

tas son las espresiones testuales del decreto), comprendiendo que los enemigos de la Santa Sede, al hacer circular por España escritos llenos de errores reprobados, se proponian llevar á cabo una revolucion de ideas tan funesta para los intereses del Estado como para el bien de la Religión, mandó el católico monarca promulgar y poner en ejecucion la bula *Auctorem fidei*, espedita en 1794 por Pio VI contra los decretos del sínodo de Pistoia. Este solemne fallo de la Santa Sede, que Carlos IV oponia al contagio de los principios que en él se censuraban, fué remitido á todos los tribunales, amonestando á los obispos á que mandasen observarlo y prohibiendo á las universidades defender las proposiciones que en dicha bula se reprobaban. A fin de manifestar mas solemnemente sus opiniones, S. M. católica nombró al mismo tiempo, para los obispos vacantes, eclesiásticos recomendables por su amor á la paz, por su adhesion al centro de la unidad y por sus talentos y virtudes. Plácenos hacer notar cómo se disipaban hasta las mas leves sombras de discordia religiosa en este país, cuya dichosa tranquilidad iba á ser tan cruelmente turbada por el furor de la ambicion. El gabinete español compraba su reposo por medio de una política débil y complaciente, y se aliaba sucesivamente con todos los gobiernos que dominaban en Francia. La influencia de Godoy, que desde simple guardia de corps habia llegado á ser uno de los primeros dignatarios del reino, dictaba este sistema de conducta. Por sus consejos el gabinete español se doblegaba á todas las exigencias de la república francesa, y redobló su condescendencia despues de la subida de Bonaparte al consulado. Sus tesoros y sus ejércitos fueron puestos á disposicion del ambicioso guerrero, y para satisfacer á los pedidos, sin cesar renovados, de la Francia, llegóse al extremo de poner anualmente en venta una porcion de los bienes eclesiásticos. Esta fatal

alianza, comprada á precio de contribuciones arregladas, debia ser rota por la ingratitud y perfidia del mismo que se aprovechaba de tan enormes sacrificios.

La Religión católica, fuerte y poderosa todavia en la Península española, sufría un destino diverso en Alemania. El ministerio austriaco confesaba que José II se habia escedido, y este mismo príncipe, obstinado contradictor de la Santa Sede, dicen que lo confesó así tambien en sus últimos momentos. Despues de José II, Leopoldo, viendo las representaciones de muchos obispos de Italia, derogó varios de los últimos reglamentos, restableció los seminarios diocesanos, volvió á los obispos la libertad de enseñanza, y permitió que recurriesen á Roma por las dispensas; pero al poner remedio á algunas de las faltas de su hermano, mantuvo vigentes, por su decreto de 9 de abril de 1791, muchas de las providencias que aquel habia tomado. En tiempo de Francisco II se continuó aprovechando de las intrusiones de José, y como el ministerio austriaco no consideraba la Religión bajo un punto de vista bastante sério, los esfuerzos personales del emperador no conseguían el buen fin que se proponia. Francisco II volvió á llamar á algunas comunidades religiosas; permitió á los hospitales y demas establecimientos de utilidad general adquirir bienes, espidió decretos prohibiendo la circulacion de los malos libros y corrigiendo los vicios de la educacion; pero la mala voluntad de sus ministros fué causa de que la mayor parte de esas medidas no llegaran á realizarse. Resistencia criminal, sobre todo en lo concerniente á la educacion, de la que depende el porvenir de la sociedad. La filosofía moderna habia ya traspasado los umbrales de los colegios y universidades, y ni las mismas escuelas eclesiásticas se hallaban seguras de la maligna influencia de aquella. Esta falsa filosofía preparaba la juventud á ceder á las seducciones

de los *iluminados*, que lejos de haberse abatido por la desgracia de Weishaupt, su fundador, se habian activamente propagado, manteniendo correspondencias por todas partes, formando nuevas lógiás, buscando prosélitos en todas las clases de la sociedad, afiliando con preferencia profesores, literatos y funcionarios públicos, en una palabra, á todos los que con su influjo pudiesen ser útiles á sus depravados designios. En vano Zimmerman, bastante fuerte para resistir á la seduccion, dirigió en 1792 al emperador Leopoldo una Memoria sobre esta secta, pintándola como infinitamente peligrosa, tanto por el número de sus adeptos, como por sus miras hostiles; el gobierno imperial no cortó de raíz el mal, y los *iluminados* seguían trabajando en destruir la fé religiosa y política del pueblo.

El elector de Baviera, Carlos Teodoro, que habia desterrado á Weishaupt y desituido á varios de sus parciales, recibido un nuncio del Papa, y asegurado en sus Estados todos los vínculos religiosos, habia terminado su vida el 16 de febrero de 1799, y esta muerte habia venido á ser la señal de deplorables innovaciones. Los *iluminados* fueron llamados y protegidos por el sucesor de Carlos Teodoro, el cual hizo guerra á los conventos, á las peregrinaciones, á las cofradías, á las festividades y á las procesiones, humilló y tiranizó á los prelados, cambió las bases y tendencias de la educacion, y confió los puestos públicos á sujetos de malas intenciones. Príncipe verdaderamente ciego fué este, pues no vió que la reforma de las lógiás, donde todo anda envuelto en las tinieblas del misterio, era mucho mas urgente que la de los conventos, donde todo se hace á la luz del dia: no vió que la irreligion, hecha de moda, era mucho mas peligrosa que las devociones populares, aun dado caso de que lleven en pos de sí algun pequeño abuso; y que una nacion infiel para con Dios no será fiel á su soberano.